

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

LA ENCINA DE NANNAU.

Por espacio de muchos siglos ha sido objeto de supersticioso temor para los aldeanos del condado de Gales, la antigua encina de Nannau. El 13 de julio de 1813 cayó derribada al suelo

to las injurias de la edad, agujereada y ennegrecida por las exhalaciones eléctricas, y formando un contraste singular la frondosidad de sus tiernos retoños y el verdor de los arbustos que la rodeaban, con la apariencia helada y caduca de aquel testigo de los siglos.

En todas las cercanías de aquel monumento de la naturaleza, era designada esta encina con el nombre de *árbol de los aparecidos*, debiendo este siniestro título a un suceso que todo el país sabía de memoria. A Howel Sele, gefe galo y señor de Nannau, lo mató secretamente en una cacería su primo Owen Glyndwr, ocultando en seguida su cadáver dentro del tronco de la encina. El recuerdo de este trágico acontecimiento se ha conservado ileso como tradición en la familia de Vanghan, que residen hoy en el castillo de Nannau; y cuando cerrada ya la noche pasaban los aldeanos inmediatos al lugar en que

querella que sostenía hacía tiempo en beneficio de su familia y del país, aceptó el convite que durante una tregua le hizo este último para una cacería que había dispuesto en sus dominios. Glyndwr aprovechando una ocasión en que estaba con su primo desviado de la tropa, lo acometió bruscamente: ambos estaban armados, pelearon, y en el combate murió el señor de Nannau. Glyndwr regresó con presteza a su castillo mientras que los vasallos de Howel, sobrecogidos de terror y consternación, buscaban inútilmente a su amo; su inconsolable esposa renunció al mundo y vivió solitaria en su castillo, esperando a cada momento el regreso de su esposo.

Trascurrieron muchos años sin recibir noticias del señor del castillo, á quien se suponía ausente, porque su suerte era un misterio para todos excepto para Glyndwr y su confidente Madag. Ya por fin un día del mes de noviembre en que la borrasca de la atmósfera arrojaba con fuerza el agua contra las góticas ventanas del castillo de la viuda, y cuando comenzaban á confundirse los objetos entre las sombras de la noche, apareció á la cabeza del puente un caballero cubierto con su armadura por la que escurria un mar de agua. Este caballero era Madag, que despues de la muerte de Glyndwr venia para cumplir una promesa que había hecho á su amigo y señor, descorriendo el velo que cubría un secreto horrible.

En apoyo de sus revelaciones acudió con gentes al sitio de la encina, y á fuerza de hachazos rompió la tumba misteriosa de Howel, y apareció su cadáver sosteniendo aun en las manos su espada enmohecida por el tiempo. Sus restos fueron trasladados al cercano monasterio de Cymmer, donde se le hicieron funerales dignos de su elevada cuna, y donde por espacio de muchos meses, se dijeron sin intermision misas por el reposo de su alma.

Esta célebre encina tenía veinte y siete y medio pies de circunferencia, y estaba plantada en las posesiones de sir Roberto Vaughan en el parque de Nannau. De su madera se construyeron muchos juguetes y utensilios que tenían un color obscuro parecido al del ébano, y apenas existe en aquellas inmediaciones casa ni cabaña, grande ni pequeña, que no conserve un grabado de este árbol dentro de un marco hecho de su misma madera.



La encina de Nannau.

carcomida por el viento; por fortuna algunos días antes de su caída habían sacado dibujada una copia exactísima de ella, en la que se halla reproducida en el estado en que la habían pues-

estaba plantado el árbol, apresuraban el paso y murmuraban ciertas oraciones. Según la tradición, el implacable Glyndwr meditando una venganza por no haber querido Howel deponer una

UN MOTIN.

(Conclusion).

II.

Un mes había trascurrido desde los últimos sucesos que hemos narrado. Dióse tierra al malogrado Escalante, sin que pudiese ser habido el fiero homicida. La escena había cambiado completamente. El padre de Maria, viejo huraño y regañón, que había soñado con emparentar con el orgulloso mayordomo del regidor Vizcaya, se convenció que muerto aquel, podía tener á gran fortuna unir á su hija con el hijo del ventero de Castrotorafe, y accedió al fin gustoso, sin recordar siquiera al que encerraba el sepulcro. El día 30 de enero, señalado para la boda, había amanecido frío y lluvioso. Maese Gaspar da la Cueva, zapatero de oficio, íntimo amigo del novio y comisionado por este para la provisión de la mesa, caminaba envuelto en un abigarrado tabardo, al amanecer de aquel día, con

direccion á la plaza real. La gravedad verdaderamente patriarcal con que se movia, indicaba lo delicado de su mision. Provisto de un abdomen nada vulgar y sendos maravedises en sus bolsillos, sonrió de gozo, tomando su semblante una expresion *sui generis*, cuando vió en medio de la plaza á un honrado aldeano vendiendo esquisitas y salmónadas truchas. Dirigirse á él con la precipitacion que su obesidad le permitia, fué lo que hizo el molleudo zapatero.

—¡Dios sea con el buen Mauro Zedillo!... exclamó dirigiéndose al vendedor.

—Y no falte al señor Gaspar de la Cueva, honra del gremio de zapateros, de la muy antigua, leal y noble ciudad de Zamora. ¡Diablo... y qué orondo estais, maese!

—¡Medianillo, amigo Mauro, medianillo! No me faltan disgustos, que me impiden engordar como debiera.

Y el zapatero exhaló un profundo suspiro.

El pescador hizo la señal de la cruz, exclamando:

—¡Si pareis un odre!

—¡Aprensiones, Mauro, aprensiones! ¡Nunca me he visto tan flaco!...

El pescador abrió tamaños ojos.

—¡Por el cuerpo de San Martin el Pequenino, que se venera en nuestra catedral!...

Y cambiando de tono prosiguió:

—¡Buen género!... Ved, maese Gaspar: ¡qué trucha!... ¡no vuelve á salir otra del Villagodio!...

Y mostró al crasiento zapatero una trucha de tan nunca vista magnitud, que este exclamó admirado:

—¡Apuesto mi tirapié de cáñamo, á que nadie la ha visto de estas proporciones!...

—Que costará muy buenos maravedises al que quiera regalarse con tan esquisito bocado. ¡Solo un señor regidor!...

—Sí, dijo gravemente Gaspar; pero ve contando y mira si hay cantidad suficiente para llevarme la trucha.

Y entregó al aldeano porcion de monedas.

—Y sobra, contestó aquel devolviéndole algunas.

El zapatero con la pesadez acostumbrada, dejó la trucha con las demas para poder guardar mas cómodamente el dinero devuelto, y en esto un hombre de siniestra catadura, se acercó lentamente al lugar de la escena, y cogiendo la trucha, dijo con insolente acento al pescador:

—¿En cuánto aprecias tu mercancía?

—En nada, señor Bertran. Maese Gaspar es el dueño de ella, y en cambio me acaba de entregar los maravedises.

Y abriendo su callosa mano, mostró estos al reciénvenido.

—Soy el despensero del señor regidor don Gomez de Vizcaya, y este hombre no la ha de llevar, que tanto por tanto, yo la quiero para mi señor.

—Llévame la que cual corresponde, que yo la tengo comprada y pagada.

—No será en mis dias, contestó el despensero, que mas cuadra alhaja tal en la mesa de un caballero, que no en la de villanos y rufanes!

—Los cuales muy bien pudiera suceder que tomasen venganza de despenseros insolentes.

—Si antes las sogas que tienen los regidores dispuestas, no ahogan la voz en sus gargantas, y paralizan las fuerzas de sus manos, en justo castigo de la muerte dada al desgraciado Escalante.

—Que si profesaba principios de altiveza, no por eso dejaba, como vos, de ser un menguado.

La cuestion tomaba inusitadas proporciones. Los perezosos habitantes de la ciudad empezaban á cruzar la Plaza Real, deteniéndose cuantos por ella pasaban, ansiosos de presenciar el resultado de aquella pendencia. Y como es natural, los grupos se aumentaban, tomando los que los componian parte en la reyerta segun las simpatias que los promovedores les inspiraban.

—¡Miren los nobles!... decía una Meguera desgreñada, y en cuyo rostro se marcaban las señales de la mas inmundicia prostitucion. ¡Cómo ajan á los pobres!... Pues á fé, á fé, que tan buen paladar tienen para saborear una trucha como el encopetado regidor.

—¡Calle la puerca!... contestaba otro, quien por su trage indicaba pertenecer á la servidum-

bre de la nobleza. ¡Preciso será sacar correas del pellejo de estos gandules para oprimirles el pescuezo!

Los dichos, las amenazas, los juramentos se cruzaban con una falcidad asombrosa, animándose unos á otros en el extraño combate. El motín se comunicó á todos los ángulos del pueblo con la velocidad del rayo. De todas partes acudian hombres armados de afilados cuchillos ó sendos garrotes; creció la sedicion, reinó el espanto, cundió la anarquía.

El triunfante zapatero desapareció con el objeto de la pendencia, despues de haber inflamado la tea de la rebelion. ¡Tan cierto es, que de muy pequeñas causas se siguen grandes efectos!

Salvado el respeto, único valladar que contenia al pueblo, se entregó con toda la salvaje ferocidad á la embriaguez de su triunfo. Una turba inmensa, compuesta en su mayor parte de harapientos mendigos y asquerosos pordioseros, arrollaba cuanto á su marcha se oponia, bien así como impetuoso torrente arrebatado, destruye y tronza cuanto se opone á su curso. Los caballeros regidores, despues de haber preso á un centenar de vecinos, y viendo que no era posible contener á las turbas en su obra de estermio, se reunieron en la gran catedral, que no era otra sino la hoy llamada Santa Maria la Nueva, despues de haber lanzado expresiones amenazadoras, que por desgracia oyó el populacho. Lo que determinaron nadie sabe; que todo quedó oculto bajo los calcinados escombros del templo; pero es lo cierto que en tanto la nobleza, compuesta de unos cien individuos, deliberaba en la iglesia á puerta cerrada, el pueblo en la Plaza Real deliberaba tambien.

—¡Mueran todos!... decía uno. Mirad que si les dejamos vivos pagaremos con la vida nuestro atrevimiento.

De pronto las hordas, animadas por la voz de Pellitero, se dirigieron á la catedral lanzando espantosos aullidos.

—¡Mueran!... ¡mueran!... dijeron unos.

—¡Fuego!... ¡fuego!... clamaron otros.

Algunos de aquellos foragidos marcharon en opuestas direcciones, apareciendo de nuevo mas terribles, mas imponentes, provistos de enormes haces de leña, que unos apilaban á las puertas del templo lanzándoles otros con mano salvaje á las bóvedas del mismo. El momento era decisivo. No faltaba mas que uno bastante osado á darles fuego, y ese hombre no faltó.

Pellitero, el atrevido procurador, el pellejero de oficio, fué el primero que aplicó la tea. Cien manos siguieron el funesto ejemplo, y muy luego la iglesia fué parto de las llamas. Aquello era espantoso. A través de los gritos de la multitud, salian de aquel horno inmenso los aterradoros ecos de los nobles... aquellos ecos cesaron paulatinamente, y á poco solo se escuchaba el ruido de las piedras que se desprendian de las sagradas bóvedas. Muy luego del magnífico templo solo restaban humeantes ruinas, que como lápidas escandecidas guardaban los restos de la nobleza.

No debemos pasar desapercibido un milagro que vino á inmortalizar la horrenda catástrofe. El templo se componia de tres capillas, y sola la de la Trinidad fué respetada por el fuego. Por lo demas, como dice un cronicon, «no quedó retablo, ni imagen, ni reliquia, ni libros, ni bulas, ni arcos, ni ornamentos, mas todo fué ardido.»

El fuego se propagó á las casas del regidor Vizcaya, contiguas al templo, que existian en el mismo sitio en que, tiempo adelante, se hizo la actual y fortísima torre de Santa Maria, y en la que don Juan II hizo pasar los dias amargos de su existencia al conde de Urgel.

«Y quiso nuestro Señor Dios, sigue la crónica, hacer tal milagro por sí mismo, que la Sacratísima Hostia y cuerpo suyo milagrosamente se salió de la custodia del altar mayor donde estaba, sin nadie llegar á ella, y volando en el aire por entre el fuego y el humo á vista de muchas gentes, se metió en una concavidad ó agujero que en una pared de la iglesia en una rinconada acerca del suelo era, y de allí pasó á un convento de Dominicas, llamado de Santa Maria la Real de las Dueñas.»

Hemos tenido el placer de mirar tan venerandas formas, en ocasion de visitarlas el ilustre señor Denis, gobernador de aquella diócesis. Son tres, y se hallan perfectamente conservadas, aunque rojas por el fuego.

En la iglesia de Santa Maria se ve la cavidad que las dió salida, alumbrada continuamente por una lámpara, y un tarjeton antiquísimo da fé de tal milagro.

III.

Volvamos á los inquietos zamoranos. Temerosos del castigo determinaron salir con todas sus riquezas, y proporcionándose bestias y carros abandonaron con sus mugeres la desolada ciudad, haciéndose fuertes en un altísimo cerro que llaman del Espiritu Santo, el mismo en que asentó sus reales el temerario don Sancho, cuando ciego por su ambicion, quiso arrancar de las sienas de doña Urraca la corona de Zamora.

Pero no conceptuándose seguros avanzaron por Ricobayo hasta Constantin, pueblo inmediato á la frontera. Y demandaron por medio de mensajeros el perdon de Fernando, su señor.

Pesar hubo el monarca con tales nuevas; pero considerando que, de no perdonarles, se seguiria mayor mal, porque su buena ciudad quedaria despoblada, les envió cartas de perdon, con las condiciones, empero, de tornar todos á Zamora, reedificar la iglesia, y pedir absolucion al papa Alejandro III.

Así lo hicieron los zamoranos: á los pocos meses llegaron las cédulas de absolucion, siempre que hiciesen para el altar mayor un frontal que llevase cien marcos de plata, ciento diez y seis piedras preciosas y cien ducados de oro.

He aqui narrada á grandes rasgos la historia de la quema de Santa Maria de Zamora, uno de los hechos mas notables de la brillante historia de aquella ciudad.

ANGEL LOPEZ ANITUA.

EL CONDE ORLOFF.

El gran suceso que aplaude la Europa entera, conmovida aun con los trabajos y la sangre derramada en la guerra de Oriente, es la conclusion de la paz entre la Francia, la Inglaterra, la Turquía y la Rusia, es decir, la paz del mundo, porque indudablemente, de haber continuado la lucha, mas pronto ó mas tarde todas las naciones hubieran tenido que comprometerse en esta gigantesca lucha. Este grande acto de la paz ha tenido sus episodios como todos los grandes sucesos.

Estos episodios son del género y la indole de nuestro periódico, que debe contener los sucesos históricos, pero tratados de una manera ligera y dramática, como conviene á las gentes que lo miran como un medio de distraerse de mas serias ocupaciones.

Desde luego, en la firma del tratado de paz aparece la pluma que ha servido para firmarle, que ha sido colocada en una hoja de papel blanco rodeada del sello de cada una de las potencias signatarias y de la firma individual de los plenipotenciarios. Debajo de ella Mr. Feullet de Couches, jefe de la mesa del protocolo, ha escrito lo que sigue:

«Certifico que esta pluma ha sido arrancada al águila imperial del Jardin de las Plantas (Botánico) y que ha servido para la firma del tratado de paz de 30 de marzo de 1856.»

Todo esto se ha colocado en seguida debajo de un cristal con un marco dorado, para ser presentado á S. M. la emperatriz Eugenia, que, saludando en la dichosa coincidencia del nacimiento de su hijo con la paz de París un feliz pronóstico, habia manifestado el deseo de poseer esta pluma esencialmente histórica.

Anticipadamente esta pluma habia sido adornada por el diamantista de la corona con ricos emblemas propios de las circunstancias. Fué mojada, en el grande acto de la firma, en un tintero monumental de Bernueil, hecho expresamente para esto, y cuyos adornos recuerdan el estilo del primer imperio, y que ha costado nada

menos que 44,000 francos (unos 44,000 reales), según el Diario de los Debates.

Según otro periódico, no sin bastante trabajo consiguió Mr. Feullet de Couches obtener una pluma del águila del Jardín de las Plantas. Fue preciso para esto envolver al animal en una red. El pájaro rey se resistió largo tiempo, y el encargado del jardín que emprendió esta pesada tarea, fué derribado por el águila en la lucha.

Todas las demas plumas, bastante numerosas, que habian servido en el curso de las conferencias á los plenipotenciarios, fácilmente juzgarán nuestros lectores con cuánto afán sus familias y conocidos se habrán disputado estos memorables instrumentos de la paz de 30 de marzo.

A propósito de esta fecha de 30 de marzo, hay que notar curiosísimas coincidencias históricas.

El 30 de marzo de 1814, á consecuencia del armisticio terminado por algunas horas, los representantes designados por el ejército coaligado que rodeaba á París, entraban en la ciudad al caer la tarde, y firmaban la capitulación que ponía la capital de la Francia en sus manos. A la cabeza de los signatarios por los ejércitos aliados figuraba el coronel Orloff, ayudante de campo del emperador de Rusia.

Cuarenta y dos años han pasado desde entonces. El 30 de marzo de 1856, los representantes de las grandes potencias de Europa reunidos en el congreso de París, ponían sus firmas en el tratado de paz europea, y entre estas firmas se encuentra todavía la del conde Orloff, ayudante de campo general del emperador Alejandro II. Si un autor dramático, si un novelista imaginase alguna vez semejante complicación de medios, es seguro que el público gritaría que aquello era inverosímil.

Como el conde de Orloff ha sido la notabilidad del congreso celebrado en París, el que ha excitado la curiosidad de la ciudad parisiense, no será fuera de propósito ni dejarán de interesar á nuestros lectores algunos detalles sobre su familia.

En la época en que Pedro el Grande concluyó con los strelitz, asesinandolos á todos porque se oponían á las grandes reformas que meditaba en su imperio, un joven strelitz llamado Ivan, y por sobrenombre Orell (águila), llamado á colocar su cabeza sobre el fatal tajo, y hallando al paso la cabeza cortada de uno de sus compañeros, la desvió tranquilamente con el pie, diciéndole:

—Es preciso que yo me haga lugar aquí.

El czar Pedro, que asistía á la ejecución, admirado de la heroica calma de aquel joven, lo concedió su perdón, y le colocó como soldado en un regimiento de línea. El valiente strelitz conquistó por sus hazañas el grado de oficial, y por consecuencia el título de gentil-hombre.

Tal fué en 1698 la primera aparición en la historia de Rusia de esa familia que debía representar un papel tan grande, y que tomó el título de Orloff, del sobrenombre de Orell que llevaba su fundador.

Después de cerca de dos siglos, los Orloff han sido los favoritos de los czares, y algunas veces los instrumentos de su elevación ó de su caída. Al advenimiento del emperador Nicolás al trono en 1825, una revuelta popular puso en peligro su corona y su vida. Un intrépido oficial salvó la una y la otra lanzándose contra los rebeldes y cargándoles á la cabeza de su regimiento. Este oficial era Alexis Fedorovich Orloff, hecho después ayudante general de campo, miembro del consejo del imperio, y el brazo derecho de Nicolás I y de Alejandro II, y últimamente el que firmaba en París hace pocos días la paz en nombre de su amo y soberano, en el congreso de París.

El conde Orloff, aunque hombre ya de edad, es todavía uno de los hombres mas hermosos que pueden verse. Tiene cerca de seis pies, buen color, cabellos grises, pero rizados, y una fisonomía de la mas alta distinción y nobleza, aunque un poco dura á primera vista. Ha causado la admiración de todo el mundo en la revista del campo de Marte, yendo á la izquierda del emperador con su chacó de oro, su uniforme verde y sus condecoraciones resplandecientes de rica pedrería, y sobre un caballo de raza que manejaba como un joven oficial.

Cuéntase de su hercúlea fuerza las mas admirables anécdotas. Entre otras esta puede dar idea de las demas: hallábase un día comiendo cerca de una señora que se extasiaba á la vista de las flores que habia en un ramillete en el centro de la mesa, y particularmente por un ramo de rosas seductoras por su frescura. El galante caballero coge inmediatamente el ramillete para ofrecerlo á su vecina, pero echade ver que los rabos de las flores goteaban agua, y busca un medio de envolverlo de pronto. No encontrando nada mas á mano ni mejor, coge un plato de plaza maciza, lo arrolla como un cucurucho, cual si fuera un papel, mete dentro el ramo y lo entrega á la señora.

Esta muestra de fuerza recuerda otra del mariscal de Sajonia. Otro *mariscal* herraba su caballo de batalla. Se quejaba de las herraduras.

—Malas herraduras son, dijo.

Y para mostrar lo flojas que eran, las retuerce con sus nerviosos dedos; pero cuando quiso pagar al herrador, este, tomando su desquite:

—Mala moneda es esta, replicó, y la dobló con un gesto como el mariscal habia doblado las herraduras.

El mariscal de Sajonia habia encontrado la horma de su zapato.

Se asegura que el conde Orloff no ha encontrado la suya.

Otra anécdota todavía sobre el conde de Orloff, revelada por Mr. Julio Lecomte sorprendida en las Tullerías.

Acababa el emperador de tener una larga conversacion con el conde de Orloff. Admirábase éste de su agusto interlocutor. El emperador lo adivinó y se echó á reír. El conde, con la cortesía de un gran señor y la franqueza de un militar, no pudo menos de preguntarle dónde habia S. M. podido aprender todas aquellas cosas de un orden enteramente local y extranjero.

—¡Ah! respondió el emperador; es que he estudiado durante seis años.... en la universidad de Ham...

Otra palabra muy feliz del mismo origen del mariscal Canrobert, que es tambien uno de los elegantes de la paz, porque ha sido un elegante en la guerra. Dábase un baile oficial á los plenipotenciarios. El mariscal Canrobert, habiendo entrado en la galería, halló una joven lindísima vestida de rosas, con una corona de violetas en la cabeza, la que se fué derecha á él para invitarle para la próxima contradanza.

—Mariscal.... tened la bondad de mirarme como rusa... y hacedme bailar.

—Imposible, señorita... hay armisticio.

—¿Y amnistía por mi atrevimiento, mariscal?

El guerrero recibió en plena cara una mirada tan fulminante, que se quedó tímido y hubiera preferido recibir una bala de cañón. Ofreció galantemente el brazo á la joven que deseaba bailar para acompañarla á su asiento; pero en el camino encontró á un joven oficial que estaba hecho una escalinata de tantos wálses y polkas como habia bailado.

—Tomad, caballero, le dijo presentándole la joven; sed mi suplente y bailad con esta señorita. Recordad, sobre todo, que en esta noche un mariscal de Francia tiene envidia de un subteniente.

Los episodios de la paz tambien han tenido su lado pintoresco en Crimea.

Un gran número de oficiales de todas armas de los cuatro ejércitos, se habian reunido en las llanuras de Tchernaiá, y cubrian literalmente, cada uno con sus charreteras y sus sables al costado. De una parte y otra era una verdadera fraternización. En mas de una ocasión se han notado estas simpatías entre los franceses y los rusos. Muchos oficiales se conocían por haberse hallado ya en los armisticios que seguían á los ataques de sitio. Así las cantimploras, las petacas de cigarros y las botellas volaban de una á otra orilla como hace poco tiempo las balas. Mas de una vez algunos de estos objetos caían al agua, pero el mayor número llegaba perfectamente á su destino. Un joven y valiente oficial ruso que llevaba el brazo izquierdo en un cabestrillo, iba seguido de dos soldados que llevaban un pesado cesto.

—¿Los oficiales de zuavos, caballeros? preguntaba.

—¡Por aquí! le respondieron muchos oficiales de aquel cuerpo.

—A uno de vosotros debo mi herida: ¡a vuestra salud!

Y con el brazo sano lanzó, una tras de otra, tres botellas de Champagn, que fueron vaciadas en un abrir y cerrar de ojos.

Los zuavos á su vez lanzaron algunas botellas: dos se quebraron en el camino.

—¡Guardad los tapones, los cambiaremos en París!

—¡En París! exclamaron los oficiales rusos en medio de formidables aplausos.

El Champagn es el vino que mas les gusta, y los rusos sostienen su reputación de gusto.

Se intentó muchas veces atravesar el río, pero el agua iba muy profunda, y muchos quedaron mal en sus esfuerzos, lo que para una y otra parte fué un motivo de diversion. Por último los rusos discurrieron un medio; echaron abajo un corpulento árbol, y atravesándolo en el agua hicieron un puente provisional. Aceptada la invitación los franceses y los ingleses pasaron por encima: la cortesía de los rusos escedió á todo cuanto se puede imaginar. A la derecha, detrás de los franceses, la escena era magnífica tambien. A la derecha los montes Fedouchine se hallaban cubiertos de tropas, bajadas en masa de sus campamentos: franceses, ingleses y sardos mezclados. Detrás de los franceses el mismo espectáculo sobre la cresta de la cumbre fortificada que domina el valle y se estiende desde el reducto de Canrobert hasta el llano de Inkerman. Todos los brazos se hallaban levantados; los kepis se agitaban, los inmensos hurras volaban de un extremo á otro. Era un espectáculo verdaderamente digno de admiración. Añádase á esto que muchas señoras inglesas de las que han acudido á Crimea, caracoleaban con sus caballos en los alrededores del puente, y su presencia era saludada por los vivos de todos los concurrentes. Las palabras de los soldados eran encantadoras, no de una esquisita política ni de buen gusto, sino de galantería mal espresada, pero picante y llena de sal. Por la parte de los rusos se presentó una señora en una carretela abierta, tirada por dos caballos; era la señora de Luders, muger del general en jefe de los ejércitos rusos.

UN RAMO DE FLORES.

A Agustín Bonnat.

«Hace media hora que no sabiendo qué hacer, empezamos á *improvisar* estos cuentos, novelas ó lo que sean, que yo no lo sé.

«Hace dos minutos que los hemos concluido.

«Tú me dedicas el tuyo; yo te dedico el mio; —Cristo con todos (digo con los dos).

«Sea esto un simbolo de nuestro fraternal é inalterable cariño.

«Mayo, 5 de 1855.»

I.

Edad —Veinte y tres años.

Pelo.—Castaño.

Ojos.—Garzos.

Barba.—Regular.

Nariz.—Recta.

Boca.—Regular.

Señas particulares.—Un lunar debajo del párpado inferior del ojo izquierdo.

Tales eran, querido ó aborrecido lector, las señas que algunas veces puso el celador (cuando los habia) en el pasaporte que sacaba todos los años Federico para dar un paseo de verano por los fértiles valles de las provincias Vascongadas, cuyos suaves aromas aspiró al nacer.

Perdió Federico su madre cuando aun no tenía mas que dos años, viéndose por consiguiente privado de esa dulce primera educación que brota del seno materno envuelta entre sus besos; de esa educación que es, no lo dudes, lector, la base donde se apoya el porvenir moral de la vida del hombre.

Su padre, veterano de la guerra de la Independencia española, se retiró después de concluida aquella á la casa donde nació Federico.

Este anciano no podía ni sabía atender á la educación de su hijo, así es que en cuanto estuvo en edad lo envió á estudiar en algunas universidades de España, y por último á la de Madrid, donde este empezó á no asistir, aunque matriculado en leyes.

El carácter de Federico, mas bien que independiente despótico, no pudo habituarse á vivir en una casa de huéspedes, por cuya razón levantó de la noche á la mañana los bártulos de la en que se hallaba, y fué á vivir, por su cuenta y por la de su padre, á una casa de... la calle no hace al caso.

Relacionado Federico con gentes de algun viso, como suele decirse, halló una buena acogida en los principales salones de Madrid, tanto por sus buenas cualidades *metálicas* cuanto por su buena cuna; su padre (se me olvidaba), era general, y su madre tenía grifos y leones en las armas de sus abuelos.

II.

Federico no había amado nunca mas que la independencia y el epicurismo; la muger para él nunca había sido mas que un juguete, que arrojaba cuando ya no le divertía.

III.

Los últimos fulgores del sol abrasador del mes de julio se apagaban detrás de las montañas de Guadarrama, que Federico contemplaba absorto, sentado en un banco de los nuevos jardines altos del Campo del Moro. Tenía los ojos encendidos, y entre sus manos trémulas martirizaba una triste margarita, que cayó al poco tiempo muerta y deshojada á sus pies.

IV.

¿Qué puede causar tristeza á los veinte años teniendo dinero?

V.

La condesa de M... con quien Federico se hallaba en relaciones, le había despedido la noche antes *para siempre*.

Esta muger, á quien Federico conservaba mas por vanidad que por amor, había llegado á saber que aquel compartía su amor con una linda muchacha modista; esta última cualidad había irritado mas que nada á la condesa; ¡verse pospuesta á una modista!....

VI.

Margarita era pobre, huérfana, importación extranjera, quiero decir, francesa de nacimiento y modista de profesion; panteista en religion, sin ella saberlo, tenía una pasión delirante por las flores, y su corazón se abría para encerrar en su seno todo lo grande y todo lo bello; por eso se había abierto para recibir el mentido amor de Federico, que no tenía, sin embargo, nada de bueno ni de grande mas que en la forma. ¿Quién resiste á las frases plagiadas á Arsene Houssaye, vestidas como el último figurín de Borrel, calzadas de pies por Cayatte y de manos por Dubost?

Hacia tres meses que Margarita amaba á Federico; tres meses únicos de felicidad para la pobre huérfana en sus veinte años de infortunios; pero en estos tres meses su corazón había vivido una eternidad. Su corazón había recorrido toda la gama del placer, puro, inmenso, infinito; tres meses en que había sentido lo único grande que hay en la tierra: el amor sin mezcla de otra idea; el soplo de Dios; Dios mismo.

VII.

El amor no es lo único grande como acabo de decir; es de lo mas grande, sí; pero es tan grande como él la música, y desde hace un mes el sitio de Sebastopol.

VIII.

¡Ah! se me olvidaba decirte, lector amable, ó si quier adusto, que Margarita era rubia como la miel, y dulce tambien como ella; bajita, pero esbelta; amable como francesa; ojos color de myosotis; no sé si sabrás lo que es, yo sí, por eso los he comparado con esa flor grande, pero graciosa, dejando ver en su continua sonrisa unos dientes blancos y con las transparencias del nacar.

IX.

El día que siguió á la ruptura de Federico con la condesa, dejamos á este deshojando entre sus dedos una margarita, sentado en un banco del Campo del Moro; pues bien, levantóse de allí á poco, y paseándose lentamente con el sombrero en la mano, y pasándose con frecuencia la que le quedaba libre por la frente, se dirigió á casa de la condesa.

No sé lo que entre ellos pasaria, porque no visito la casa; pero si sé que al salir, Margarita, que estaba en la calle unos cuantos pasos mas allá de la puerta de casa de la condesa, abrevió el paso y se reunió con Federico. —¿Qué vienes á hacer aqui? preguntó este con un tono frío y seco.

—¡Amas aun á la condesa!...

—Basta, repuso Federico, todo ha concluido entre nosotros; he estado á punto de perder mi porvenir y mi felicidad por ti; mis relaciones con la condesa están reanudadas; así, pues, puedes retirarte, no te conozco.

Palideció Margarita, y quiso apoyarse sobre el brazo de Federico para no caerse; pero este la despidió de sí con un fuerte empujón, y apretó el paso como para evitar que le siguiese; la pobre Margarita sacó el pañuelo y se dirigió sollozando hacia su casa.

X.

Al día siguiente Federico recibió un ramo y una carta concebida en estos términos:

«Federico, no voy á hablarte de mi amor, ni á tratar de sujetarte con él en un lazo que tú no soportarías; yo rompo por tí los falsos juramentos que un día me hiciste.

«Voy únicamente á pedirte unos días mas de vida; mi vida es amarte; perdido tu amor, no me resta mas que la muerte.

«Concédeleme siquiera el tiempo que tarden en marchitarse esas flores; despues serás completamente libre.—Adios.—MARGARITA.»

Concedido, murmuró Federico; colocó el ramo en un cuerno del Japon, y dió orden de que no le echasen agua.

XI.

A los tres días el ramo estaba seco

A los tres días sacaban del Canal el cadáver de una joven rubia con las picaduras de la aguja en el dedo índice de la mano izquierda.

Nadie se presentó en el hospital á reconocer el cadáver.

XII.

El lector.—Pues no me he divertido.

Yo.—Pues no sé mas.

R. RIVERO.

LA CORONA DE LOS CZARES.

La corona de los czares (la que ha servido á la solemne ceremonia de la consagración desde Ivan-Vassili, el Terrible), ha tenido diversos accidentes. El mundo acaba de contemplar la solemne consagración del emperador Alejandro II, verificada el día 7 de setiembre último en Moscow, donde se ha desplegado á los ojos de la asombrada Europa toda la pompa, toda la magnificencia del lujo oriental. Con este motivo vamos á referir una de las aventuras porque ha pasado la rica joya que mas ha figurado en esta gran ceremonia: la corona imperial.

Pedro el Grande, el año que precedió á su coronación y á la de Catatina I, hizo llamar á un joyero llamado Rokenkin, y le entregó todas las alhajas de la corona y todos los atributos de la dignidad real, recomendándole los reparase lo mas pronto posible. La confianza del monar-

ca en aquel hombre procedía de que parecia ser muy piadoso.

Rokenkin vivía en la isla de Vassili-Ostroff, cuya mayor parte se hallaba en aquella época cubierta de espesos bosques, refugio ordinario de todos los malhechores y vagos de la nueva capital. El honrado y piadoso platero rehusó la escolta que le proporcionaba el czar: no tenía necesidad de ella: había tomado su partido sobre aquellas alhajas y joyas de un precio tan enorme. Llegado á su casa se apresuró á ocultarlas en un profundo agujero bajo el suelo



de su puerta; despues volvió á toda prisa al bosque; se ató él mismo al pie de un pino muy espeso, y se lamentó como un ciego á fin de hacer creer en un robo. Oyéronle hacia cosa de la mañana; los aldeanos acudieron en su socorro, y lo desataron. Marchó derecho con ellos á ver el czar, que habitaba entonces en las márgenes del Newa una casita construida por sus propias manos, y desde la cual vigilaba los trabajos y obras de la ciudadela de San Petersburgo. Contóle que había sido detenido por unos ladrones, que le habían robado y le habían atado despues á un árbol. Pedro no creyó ni por un momento aquella historia, y le dejó la elección entre el perdón y el tormento.

La elección del platero no fué ni larga ni dudosa. Prefirió el tormento, y lo sufrió sin decir nada. Sacerdotes rusos llamados para confesarle no pudieron conseguir nada de él. Pedro no se dejó convencer, é hizo venir á toda prisa de Riga á Bruning, ministro protestante, cuyo talento como orador hacia muchísimo tiempo que conocía, y le encargó que sacase la verdad del platero. Bruning le habló, le hizo mil preguntas, é inútilmente le tendió varios lazos.

No pudiendo sacar nada de él, se puso á contarle con un aire inspirado la historia de Achan; al llegar á aquel pasaje: «Es bajo el suelo de tu puerta, miserable, donde has ocultado el robo.....» lo que Bruning dijo con voz de trueno:

—¡Sí! ¡sí! exclamó de pronto el platero, que se creyó por fin descubierto, y tomaba al ministro por un hechicero: todo está allí; nada falta; nada, absolutamente nada.

Bruning recibió muchos regalos, y fué felicitado por el czar, que arrojó á palos á los sacerdotes rusos, prodigándoles los epítetos de borrachos, ignorantes, etc.

El platero fué enviado á la Siberia, despues de haber sido azotado con el *knout*, y espuesto en la plaza pública. Todavía hay aun en Irkousk joyeros con el nombre de Rokenkin, que se llaman biznietos del ladrón de las joyas de la corona moscovita.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.